



Observatorio de la Economía Latinoamericana

Revista académica de economía
con el Número Internacional Normalizado de
Publicaciones Seriadadas ISSN 1696-8352

Número 37, Enero 2005

La decadencia argentina, más pobreza y más desigualdad

Alfredo Félix Blanco

Universidad Nacional de Córdoba.

Para citar este artículo puede utilizar el siguiente formato
Blanco, Alfredo F. (2005): "La decadencia argentina, más pobreza y más desigualdad" en
Observatorio de la Economía Latinoamericana, Nº 37. Accesible a texto completo en
<http://www.eumed.net/cursecon/ecolat/oe137.htm>

Envíe sus comentarios sobre el texto directamente al autor: afb2002@hotmail.com

editado por
eumed.net

En una nota anterior (ARGENTINA, MALTHUS Y LA POBREZA, Suplemento Debates, 07/11/04) hemos mostrado el crecimiento de los niveles de pobreza que generó la crisis económica cuya eclosión final se produjo en el año 2001. En ese traumático proceso vastos sectores de la población fueron prácticamente expulsados del sistema económico.

Una forma de visualizar ese fenómeno es analizar la situación a partir del nivel de ingreso de las personas. Siguiendo ese método se concluye que los pobres eran casi el 58% en Octubre del 2002 y, aun hoy, un 44,3% de los argentinos están por debajo de la línea de pobreza (INDEC, 1er Semestre 2004).

Otra forma de percibir a la pobreza es a través del análisis de las Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI). Este concepto, que muestra básicamente la "pobreza estructural", constituye un indicador de calidad de vida que considera la existencia o ausencia de ciertos rasgos tales como servicios sanitarios, vivienda aceptable, acceso a la educación, etc. De acuerdo con el Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas del 2001, algo más del 14 % de los hogares argentinos tenían Necesidades Básicas Insatisfechas.

Obviamente una tendencia creciente de "nuevos pobres" (detectados por el método de los ingresos) terminará traducéndose en un aumento de la pobreza estructural (detectado por NBI).

Como dijimos, la crisis económica ha incrementado la cantidad de "nuevos pobres" y ello ha sido la consecuencia directa del aumento de la desocupación y la precarización del empleo que produjeron las transformaciones promovidas por las políticas económicas de los años noventa. A ello debe agregarse la abrupta caída de los niveles de ingresos que produjo la salvaje devaluación asimétrica que sobrevino a la salida desordenada del régimen de convertibilidad que rigió durante una década.

Muchos de estos nuevos pobres eran miembros de la "clase media" cuyo nivel de vida se deterioró a una velocidad y en una magnitud tan grande que implica, no solo que han pasado a sufrir carencias materiales que nunca habían padecido, sino que dentro de sus efectos no pueden omitirse aquellos ligados a la salud mental de las personas. Esa legión de excluidos, no solo han sido notificados de que el mercado no requiere su trabajo, sino que simultáneamente se han enfrentado a la dramática realidad de sentir que en una sociedad, donde parece que se vale según lo que se gana, han pasado a valer: ¡nada!

Mientras más tiempo transcurra hasta la reinserción de esos nuevos pobres al sistema, más difícil será su inclusión y más irreversibles las consecuencias sobre esas personas. Por otra parte, la persistencia de ese fenómeno llevará inexorablemente a un aumento de aquella pobreza que detecta el indicador de Necesidades Básicas Insatisfechas.

Un proceso de recuperación económica permitiría a los "nuevos pobres" salir más rápidamente de su situación, en particular porque sus niveles

educativos los califican mejor para reincorporarse al mercado laboral. Por otra parte, el hecho de ser “expulsados recientes” les permite mantener aun la disciplina y cultura del trabajo que tenían antes de la crisis.

Sin embargo la magnitud cuantitativa del fenómeno hace impensable un proceso en el cual emerjan “naturalmente” con la recuperación económica. Es indispensable contar con políticas activas para abordar el problema antes que el paso del tiempo transforme a los nuevos pobres en un dato estructural de la sociedad argentina.

Las políticas para abordar el problema de la pobreza son distintas según se trate de atender a la “pobreza estructural” o a la situación de los nuevos pobres. Los métodos de abordaje de la pobreza estructural generalmente han sido las tradicionales políticas asistenciales (subsidios para subsistencia, ayuda alimentaria, entrega de vestimenta, etc.,) mientras que los nuevos pobres, si bien tienen condiciones de educación, hábitat , cultura, etc., que pueden llegar a facilitar la salida de esa situación crítica, no pueden ser atendidos con medidas meramente asistenciales y de hecho el Estado hasta el presente, ha demostrado grandes carencias en el diseño y ejecución de políticas de promoción para cooperar con esos sectores.

En rigor de verdad el concepto mismo de pobreza admite más de una interpretación, o mejor dicho la afirmación de que alguien es pobre requiere de una adecuada calificación temporal y espacial. Ser pobre es también un concepto relativo; se es pobre en relación a lo que otros pueden disponer. Una persona cuya calidad de vida la ubica como pobre en el siglo XXI probablemente no lo sería en el siglo XI. Un pobre de Suecia probablemente no lo sería en Ruanda.

Seguramente esta contextualización tempo-espacial del concepto puede advertirse en la precisa prosa de Adam Smith (1723-1790), el fundador del liberalismo económico inglés (¡y por que no de la Economía!) cuando en su obra económica mas importante (la “Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las Naciones”, editada en 1776) decía: “...no es menos cierto que las comodidades de un príncipe europeo no exceden tanto las de un campesino...,como las de éste superan las de muchos reyes de África, dueños absolutos de la vida y libertad de diez mil salvajes desnudos”.

La anterior afirmación permite destacar además un rasgo adicional del problema de la pobreza: tan importante como el número de pobres (mas allá del criterio que se utilice para medirlos) es el grado de desigualdad interpersonal de riqueza de la sociedad.

Una reducción del número de pobres no implica necesariamente que esté reduciéndose la desigualdad social. Tampoco un aumento de la riqueza generada en un país significa que la situación de todos sus integrantes mejore. Ni en la crisis a todos les va igualmente mal (es mas, a algunos les va bien) ni en el auge a todos les va igualmente bien (a algunos puede irle resueltamente mal).

El Producto Bruto Interno puede crecer (es decir la riqueza disponible) y, aun cuando la pobreza se reduzca, ello no necesariamente conduce a una situación de mayor igualdad social.

Alguien puede afirmar que una economía que crece es preferible a una economía estancada, y dicho juicio seguramente es aceptado mayoritariamente, Pero es de estricta lógica suponer que para quienes no participan de los beneficios de ese crecimiento la situación les resulta indiferente y, mas aun, este "progreso" del que no participan quizás genere una realidad de deterioro de su posición en términos relativos que los lleve a valorar negativamente aquel crecimiento que parecía incuestionablemente bueno. Al menos para los excluidos, un crecimiento económico con aumento de la desigualdad social no es ninguna buena noticia.

Por supuesto que la peor de todas las situaciones es aquella en que la economía no crece, la pobreza aumenta y los indicadores de desigualdad también se incrementan.

Pero, ¿Cómo se mide la desigualdad?

Para el análisis y la evaluación de la desigualdad en la distribución de los ingresos generados en la economía se utilizan diversos indicadores, pero el mas conocido de ellos es el llamado Coeficiente de Gini, que debe su nombre al economista italiano Corrado Gini (1884-1965).

A partir de una clasificación de los integrantes de la población según su nivel de ingresos, el coeficiente captura cuanto se aleja la distribución de una situación óptima de equidistribución y permite observar cual es el grado de desigualdad que existe en la economía analizada. La evolución a lo largo del tiempo del coeficiente de Gini permite advertir si la tendencia es hacia una mayor o menor desigualdad de ingresos entre los miembros de la sociedad.

Este indicador asume valores que pueden variar entre 0 y 1; en una economía en que cada uno de sus habitantes recibiera la misma porción del ingreso nacional dicho valor sería cero, mientras a medida que se va aproximando a uno la sociedad es mas desigual desde el punto de vista de la distribución.

En general en países con una distribución equitativa del ingreso como son Suecia o Noruega el coeficiente de Gini arroja resultados menores a 0,30. A partir de 0,40 se considera que existe desigualdad marcada. Este es el caso de muchos países latinoamericanos cuyos valores llegan hasta 0,60. Por encima de este último valor nos encontramos en presencia de sociedades extremadamente inequitativas y desiguales desde el punto de vista social.

Históricamente la Argentina era considerada un país con una distribución del ingreso razonablemente buena (al menos en relación a otros países latinoamericanos). Esa es la explicación de caracterizaciones tales como “país de clase media” o “el país menos latinoamericano de América Latina”. Pero eso ya es historia pasada.

En Argentina en la década del ochenta el Coeficiente de Gini se ubicaba en torno a 0,40, pero el incremento de la pobreza que hemos comentado se verificó también acompañado por un empeoramiento de la distribución y después de la crisis del 2001 el coeficiente asume valores de 0,55. Vale la pena señalar que la existencia de subsidios como los Planes Jefes y Jefas de Hogar, que ayudan a millones de personas, influye para atenuar el crecimiento de la desigualdad y el incremento del valor del Coeficiente de Gini después de la crisis. Si no se consideraran dichos planes el indicador se acercaría a los niveles de las economías con peor distribución del ingreso de América Latina.

Según un informe del Instituto Nacional de Estadísticas y Censo (INDEC) Argentina tiene distribución de la riqueza más desigual de los últimos 30 años. Los datos, procesados a fines del año 2003, muestran que el 10% más rico de la población posee el 38,6% del ingreso nacional y gana 31 veces más que el 10 por ciento más pobre. En la década del setenta esta última relación era de solo 12 veces.

La conclusión es evidente, las políticas aplicadas en los noventa más allá del “éxito” que tuvieron en materia de estabilización de precios de la economía argentina, generaron niveles elevadísimos de desempleo, precarizaron las relaciones laborales e impactaron negativamente sobre las situaciones de pobreza y sobre la equidad en la distribución del ingreso nacional.

Las “leyes” de la distribución de la riqueza

David Ricardo (1772-1823), el célebre economista inglés, creía firmemente que el objeto de la economía era descubrir las leyes que gobiernan la distribución de la riqueza. Y, aunque menos optimista que su predecesor Adam Smith, compartía la visión de que la distribución de la riqueza respondía a ciertas regularidades asimilables a leyes físicas. Nada debía hacerse para alterar la distribución que naturalmente se determinaba en el propio proceso de producción. El crecimiento económico “llenaría la copa” de la sociedad y se derramaría hasta beneficiar a las capas más humildes de ella.

Adherentes a la idea de la “armonía natural” de intereses en la sociedad, los economistas clásicos ingleses confiaban plenamente en la distribución que determinaría el mercado actuando libremente y en condiciones competitivas. Bajo esas condiciones el sistema aseguraba una senda de progreso casi ininterrumpido.

Fue Karl Marx (1818-1883), quien cuestionó mas severamente esa perspectiva y planteo la existencia de contradicciones en el seno de la sociedad por la existencia de intereses antagónicos. En su visión, el desarrollo del capitalismo engendraba su propia destrucción y, entre otros factores, una distribución crecientemente inequitativa del ingreso que se reflejaría en una creciente pauperización de la clase trabajadora coadyuvaría a su rebelión contra el sistema. La historia mostró que la predicción sobre la pauperización no se verificaría y, en los países donde el capitalismo mas se desarrolló, los niveles de vida de los trabajadores lejos de deteriorarse, crecieron. Contra lo esperado, las revoluciones de inspiración marxista se dieron no en capitalismo maduros, sino en economías precapitalistas. Para muchos esos hechos fueron la prueba definitiva del error de Marx.

Para la Escuela Neoclásica, que en alguna medida aun guía a la corriente principal de la economía, la distribución depende de la productividad de los factores de la producción. Análogamente a los clásicos creen que no es mucho lo que se puede hacer por cambiar la distribución que determina el mercado. Pero ademas, como no forma parte de sus preocupaciones analíticas, tienen bastante poco que sugerir sobre como modificarla.

Existen muchos autores que han planteado la necesidad de considerar seriamente el problema de la distribución del ingreso, no solamente como una cuestión de naturaleza moral sino como requisito para un crecimiento sustentable.

A lo largo de la historia de las ideas económicas siempre nos encontramos con una línea que divide a aquellos que creen que la mejor estrategia es no intervenir y confiar en el mercado y los que, no resignados a ese rol demasiado pasivo, se plantean la necesidad de políticas activas.

En materia de distribución ocurre lo mismo, aunque vale la pena consignar la visión que tenía quien fue el economista liberal mas erudito (y mas sensible) de la escuela clásica. John Stuart Mill (1806-1873), en sus Principios de Economía Política (1848), señalaba que: *“Las leyes y condiciones de la producción de riqueza tienen el carácter de verdades físicas...No sucede lo mismo con la distribución de la riqueza. Éste es asunto de las instituciones humanas exclusivamente...La distribución de la riqueza, por lo tanto, depende de las leyes y costumbres de la sociedad”*.

Mas allá de la dosis de error o de verdad analítica que encierren esas palabras, son una buena referencia para insistir en la necesidad de una agenda de los gobiernos que incluya explícitamente el tema de la distribución mas equitativa de la riqueza. No parece razonable creer que es “natural” e inmodificable lo que han padecido, y aun padecen, millones de argentinos. Por razones morales, pero también económicas el tema social debe ser prioridad en serio de la acción del Estado.